

**Rosario Herrera Guido (coord.), *Hacia una nueva ética*, México, Ed. siglo XXI, 2006, pp. 352.**

NESTOR BRAUNSTEIN

Universidad Nacional Autónoma de México

Es poco original pero siempre interesante la operación de comparar la publicación de un nuevo libro con el nacimiento de una criatura en la familia humana. En ambos casos, es común que los padres se feliciten por haber llegado al término del proceso de gestación y que los demás los congratulen y les deseen a ellos y a la nueva criatura toda clase de venturas. Es igualmente usual que quienes acuden a conocerlo digan “¡Qué bonito bebé!” y resalten los rasgos más salientes del niño o niña indicando los parecidos con papá y mamá, así como la continuidad —cuando no se trata del primogénito— entre este recién nacido y los hermanos mayores. El bebé lleva impreso un nombre por el que se lo conocerá en lo sucesivo y se lo inscribe con un número en el registro civil, un registro que en este caso tiene raras siglas en inglés: ISBN. El ritual entero está bien establecido, incluyendo la ceremonia de presentación en sociedad, el *baby shower* en el que ahora participamos y que nos permite encontrarnos ¡en la mismísima maternidad que lleva el número del siglo del nacimiento! para acompañar y festejar con la madre el término del proceso de gestación y el comienzo de la vida y el crecimiento del recién nacido.

La analogía puede extenderse. Salvo los pocos nacimientos en familias reales en donde el futuro de la criatura está escrito de antemano y sólo pocas y excepcionales circunstancias podrían imponer cambios, cuando ya sabemos que el príncipe acabará siendo rey, la mayoría de los bautismos que se festejan están aureolados por un halo de incertidumbre. El niño sale al mundo, los padres le toman fotografías y las muestran y distribuyen entre los familiares y padrinos tratando de que sea conocido y reconocido, etc., pero los demás, con una mayor o menor experiencia en estos trámites, con algo de incredulidad, se preguntan si verdaderamente será tan valioso como los padres quisieran. Estos

visitantes lo revisan y lo sopesan, observan sus rasgos impresos en el índice, miran la apariencia del bebé en la portada y en la contraportada, lo comparan con otros niños salidos en la misma época para definir sus peculiaridades, lo miden contando el número de páginas, se preguntan por los antecedentes de los parientes y por el árbol genealógico de esta criatura en particular y tienen dudas en cuanto a la conveniencia de gastar un dinero y de pasarse un buen tiempo leyendo el texto antes de incorporarlo a la biblioteca de la casa donde ocupará por años un cierto espacio. Entre tantos libros publicados hay que decidirse a privilegiar uno en particular y el responsable del volumen tiene, en cierto modo, que “convencer” al eventual lector para que se decida a despegar en la curiosa aventura de internarse y atravesar esa jungla de kilbytes.

La misión de quien presenta al bebé en el templo, allí donde se reúnen los sabios doctores, es la de llamar la atención sobre las características especiales de *este* niño y atraer a los primeros lectores para que ellos, luego, se ocupen de difundirlo, de defenderlo ante ataques y de reseñar en las crónicas de sociales que se llaman páginas “culturales” de diarios y revistas, la aparición de esta “novedad” bibliográfica.

Ese es el marco de las “presentaciones de libros” y es así como nos encontramos hoy, entre amigos y conocidos, dedicados a resaltar los atributos de este peculiar engendro que tiene un nombre tan bello como promisorio: *Hacia una nueva ética* y que es el resultado de la participación conjunta de quince voluntades reunidas por un deseo, un deseo nuclear —en este caso el de Rosario Herrera Guido—, el deseo de ella, que ha sabido dar unidad y coherencia al nutrido grupo de quince madres y padres cada uno de los cuales ha aportado su estilo, su caudal genético, sus propias influencias hereditarias, sus preocupaciones dominantes, en torno a una de las propuestas más arriesgadas para el filósofo y el escritor. ¡Nada menos que desarrollar los fundamentos de una nueva ética! Coincidente con el nombre de la casa matriz, los varios autores han tratado de reflexionar y de proponer lo que podría llegar a ser esa nueva ética en un nuevo milenio, describiendo las insólitas características de nuestros tiempos y mostrando las posibilidades de aportar lo novedoso en un terreno tan viejo como la escritura misma y donde ya todo parecía estar dicho.

El resultado de tantos cuidados obstétricos, de tantas prevenciones perinatales, de tanta puericultura, está ahora ante la vista de todos y es *el libro*,

y sólo él, quien debe confirmar la confianza que los escritores han depositado en su destino.

La coordinadora de los textos, la responsable de la integración armónica del cuerpo de este niño que exhibe como rostro la imagen de una paloma mensajera, ha tenido buen cuidado de presentar el plan orgánico que hace del engendro una unidad, no un conjunto de *membra disjecta*, un organismo viable y bien dotado para la sobrevivencia. La introducción de Rosario Herrera Guido nos muestra que esta criatura tiene, como todo niño que se respete, una *cabeza* (“Primera parte: Teoría de la ética”), un *tronco* que responde a la cabeza y está ligado a las demás partes del cuerpo (“Segunda parte: disciplinas filosóficas y ciencias de la cultura”) y una tercera parte, los miembros, que le sirven para caminar y moverse en el mundo: “Ética aplicada”.

Además de exponer cuáles son los elementos integrantes, la metafórica “madre” de este volumen de 3 kilos y medio (si atribuimos diez gramos a cada una de sus 350 páginas), ha tenido buen cuidado de justificar los valores específicos de cada uno de sus quince componentes y de exponer cuál es su lugar en el plan de conjunto. Hay que subrayar de todos modos lo que ya sabemos: no siempre los bebés son tan hermosos como sus padres pretenden, pero éste en particular —y no lo digo porque sea uno de esos progenitores en este proceso superfetatorio— éste sí está verdaderamente logrado y no tiene partes “feas” que sería necesario disimular. Normalmente la superposición de textos de origen y temática variada da lugar a organismos disparejos donde unas partes son mejores que otras, unas merecen la atención y otras no. El caso es que aquí Rosario Herrera Guido ha conseguido una coherencia que es excepcional en este tipo de obras. Los artículos son aportes originales y están bien redactados. Aunque, para ser honesto, debo hacer una excepción con referencia a mi propia contribución, un texto que no fue originalmente escrito sino que tiene su origen en una conferencia oral que fue desgrabada por los compañeros de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y gentilmente enviada para que hiciese la *toilette* y el maquillaje de la versión. El resultado es el texto que aquí se publica.

El objetivo que guía al conjunto de la obra fue conseguido plenamente, y nada de lo que comentase hoy podría sustituir un sólo renglón de esa ajustada presentación formulada por Rosario Herrera Guido en las primeras páginas. Ella supo destacar con perspicacia los temas y las virtudes de cada uno de los

artículos que ella misma seleccionó con un ojo y un tino infalibles. Creo que es imposible leer la “Introducción” sin sentirse tentado para ingresar en la discusión implicada por este proyecto. Nada menos que diseñar las bases para una ética que tome en cuenta las complejas realidades del mundo de hoy, este mundo infiltrado aquí como en todas partes por la invasión de los *servomecanismos*, esas invenciones del ingenio humano que se ofrecen como herramientas destinadas a servirnos pero que no tardan en desnudar su esencia que es la de darnos instrucciones para que los usemos y que transforman a los usuarios en servidores del proyecto que ha guiado su construcción. Gradualmente advertimos que ya no somos el sujeto que suponíamos ser sino que nos hemos convertido en un objeto manejado por designios que se imponen a nosotros con independencia de nuestra voluntad. El verdadero sujeto de la operación está enmascarado y ese sujeto es la “verdad” del objeto técnico que nos gobierna con la promesa de servirnos. Tal vez la primera de estas invenciones fue el reloj que parece ser un objeto de nuestra propiedad pero que se apropia del tiempo subjetivo y dirige los movimientos de los cuerpos. En obedecer a sus agujas o a sus números se nos va la vida.

En mi artículo propongo otros ejemplos: los de los tantísimos artefactos exploradores del cuerpo que son los instrumentos multifacéticos de la medicina contemporánea. El ideal de la medicina contemporánea parece ser y debemos admitir que es, hoy en día, *la eliminación del sujeto* en el proceso de diagnosticar y tratar los males del cuerpo. El paciente y también el médico deben pasar a un segundo plano en nombre de una “eficiencia”, la de los aparatos, demostrable por métodos estadísticos. El acostumbrado “chequeo” aspira a una entrada del cuerpo por un orificio de la enorme boa diagnóstica que revisa y analiza el estado y la función de cada órgano, de cada tejido, de cada célula, encuentra y mide las diferencias con respecto a lo esperado y luego permite la salida de ese cuerpo por el otro extremo de la boa. La serpiente acaba produciendo una prescripción de los medios técnicos que permitirán corregir las “anormalidades” encontradas. La vivencia del dolor y de la enfermedad pasan a un segundo plano. Por supuesto que, justamente desde una perspectiva ética, no se podría condenar en abstracto y en nombre de vaya a saber qué pretendidos “universales” al progreso técnico que ha logrado controlar y hacer manejables procesos mórbidos que en otros tiempos se consideraban fatales a corto o mediano plazo. Los éxitos en la lucha contra las enfermedades infeccio-

sas y tumorales, en mucho menor medida con respecto a las enfermedades degenerativas, son innegables. Pero ello no exime de analizar lo que se ha perdido con la aceptación de esos avances y cómo los órganos han sido invitados a decir “su” palabra, consignada en manifestaciones objetivas y cuantificadas, mientras que los habitantes de esos cuerpos, los *hablentes*, han sido privados del recurso a la palabra y, sobre todo, a la escucha de lo que ellos tendrían que opinar en torno a sus “males”. La “vida” (en verdad y mejor dicho, la sobrevivencia) y la “salud” han sido exaltados como valores absolutos en términos de contabilidad y la “enfermedad” y la “muerte” se han vuelto sospechosas y vergonzosas; ellas son aquello de lo que no se habla; un asunto entregado a la evaluación de los actuarios de las compañías de seguros de gastos médicos y sepelios. Este es el punto del contacto tangencial y del distanciamiento entre ética y medicina. Mientras que la medicina se ocupa de la vida y la muerte, a la ética le corresponde la cuestión del saber vivir y del saber morir. Dejemos de lado, por razones de tiempo, la actualización de esta problemática a partir de nuestras consideraciones sobre los discursos sucesivos del nombre del Padre, del capitalismo y de los mercados. Algún día tendré que desarrollar la cuestión de la medicina en su relación con el goce custodiado por los mercados y los flujos anónimos del capital.

Digamos que una “nueva” ética debe comenzar por una impugnación de la “vieja” ética y puede que, en última instancia, acabe denunciando o desconstruyendo el proyecto mismo de afirmar esa “vieja” y a todas las éticas que se fueron sucediendo, con aristotélica monotonía, en el paisaje de las concepciones occidentales del mundo. La crítica radical de la ética tradicional y dogmática (¿pero es que hay otra?) fue elaborada por Lacan en su seminario llamado precisamente “*La ética en el psicoanálisis*”, y allí él señaló que la promoción de la idea del goce de los cuerpos era la gran aportación del psicoanálisis freudiano. Quizás, es lo que pienso, Freud y Lacan nunca se propusieron cambiar la ética sino señalar sus insuficiencias y sus aporías. El eje de sus críticas no podría ser otro que la *sospecha* y, en tal caso, debemos buscar al precursor y fundador en Nietzsche, refractario a esa “vieja” ética preocupada por la axiología. El núcleo de la impugnación, como acabamos de decir, es el “goce” tal como resulta definido por las afirmaciones de Freud en torno a un más allá del principio del placer. Más allá del principio del placer es una forma poco disimulada de continuar el “más allá del bien y del mal”. Los dos “más allá”, señalan la insuficiencia del “más acá” que es el terreno de la ética tradicional, esa

“vieja” ética de la que el libro que hoy estamos presentando quiere tomar distancia. ¿De qué serviría una “nueva ética” que no comience por marcar los límites que deben ser traspasados con relación a una ética tradicional que sería “rebasada” (*aufgehoben*) por estas proposiciones novedosas? Una nueva ética, si cupiese, es la que se anuncia con los dos “más allá”: el de Nietzsche y el de Freud.

Una tal *ética crítica* —como lo señala con precisión y rigor Eugenio Trías en el primero de los ensayos— no pretende surgir hecha y terminada como una Palas Atenea sacada de la cabeza de algún padre filósofo. Por el contrario, ella parte no de algo inédito sino de todo eso que la “vieja ética”, fundada en la razón dogmática, ha pretendido mandar al desván de los objetos inútiles, de los chirimbolos obsoletos: la pasión, la metafísica, el pensamiento mágico, la locura y la sinrazón, lo siniestro en el arte, lo sagrado, lo religioso y lo simbólico en general. Nuestro mundo es gobernado por la pretensión de una racionalidad irrestricta ligada al avance de las ciencias y sus aplicaciones tecnológicas que cabalgan montadas en el (en apariencia invencible) corcel de los números. El universo de los servomecanismos tecnocientíficos va trazando las líneas de frontera en las que nos es dable habitar. ¿Qué cabe? Ponerse a distancia; ir a buscar esos límites, y allí, definiéndonos en los términos de Trías como *borderlines*, haciendo agujeros y túneles en el muro que los poderes imperiales (los políticos y los del pensamiento) erigen entre un país celoso de sus prerrogativas y todos los demás, discriminando a los “ilegales” que han atravesado la frontera sin pedir permiso y sin papeles que legitimen su presencia, desde esos límites, decíamos, es que puede actuar el revulsivo de la razón crítica que cuestiona, impugna, rechaza. Desde el más allá de la ciencia, aclaremos, no desde la perspectiva de un nostálgico deseo de retornar a un maravilloso pasado que nunca existió. Desde el más allá puede discutirse el proyecto siempre vigente, siempre vuelto a tapizar y a maquillar, de la razón dogmática.

Interesante metáfora ésta de las fronteras. Sabemos que para Freud las fantasías eran seres mestizos que habitaban en una zona fronteriza entre lo preconsciente y lo inconsciente. Sabemos que se llama *borderline* a los pacientes que tropiezan con la incapacidad del psiquiatra para dirimir la cuestión de si son neuróticos o psicóticos. Sabemos que lo fronterizo se manifiesta como una incertidumbre acerca de la identidad, un no ser de aquí sin por eso ser de allí. Sabemos que Kant distinguía entre los “límites” y las “limitaciones” con relación a las posibilidades de la razón pura: las “limitaciones” son transitorias

y pueden ser superadas hasta que aparezcan otras nuevas, mientras que los “límites” son esos puntos en donde la razón no puede avanzar sin destruirse a sí misma como razón. El límite es, precisamente, ese punto indicado por Wittgenstein en donde ya no se puede hablar y lo único que cabe es guardar silencio. La invitación para que aprendamos a “ser fronterizos” es una invitación para instalarnos en la línea de borde del abismo entre la razón y la locura, entre lo que se habla y lo inefable, entre el sentido y el sinsentido (*sense* y *nonsense*) entre la lógica de los procesos secundarios y la poética inconsciente de los procesos de condensación y desplazamiento que nos llevan a la comarca de los monstruos que desde Goya y el romanticismo sabemos que son engendrados por el sueño de la razón.

Con esta propuesta de Trías se dibuja en nosotros una nueva duda: ¿se trataría de inaugurar una “nueva” ética o se trata de profundizar en la sospecha que siempre nos ha inspirado la ética, las éticas, toda o cualquier ética, en general y sin excepción? Ese habitante de las fronteras que queríamos llegar a ser y a cuyas huestes podríamos incorporarnos ¿habrá de proponer una nueva ética que sería —no podría no ser— otro conjunto de proposiciones tan sospechosas como aquellas cuyo lugar viene a ocupar o pretenderá, por el contrario, denunciar las limitaciones de todas las aventuras en el campo de la ética? Si ese fuese el caso llegaríamos a la conclusión de que no existe enfrentamiento entre la afirmación de Wittgenstein de que no hay proposiciones éticas y la aparente objeción de Trías de que sí habría un imperativo categórico que es el de “ser fronterizo”. Ser de tal modo *borderline*, tal como yo lo entiendo por lo menos, implica aceptar que no existe la tierra prometida de una “nueva ética”, otra comarca a descubrir, explorar o inventar, sino que sólo cabe ubicarse en las fronteras de cualquier ética o de todas ellas como un conjunto para dedicarse a la tarea de la desconstrucción de sus presupuestos y al señalamiento de cómo todas son ineludiblemente variantes del discurso del amo. ¿Qué se encuentra al cabo de ese recorrido crítico y antidogmático? Se llega a lo imposible, a lo real que es límite para el discurso, a la justicia como objetivo para las relaciones entre los seres humanos, un objetivo rodeado de aporías e imposible, a su vez, de ser desconstruido. Es desde aquí donde terminaríamos interesándonos por esta afortunada recopilación de trabajos que apuntan a ese cuestionamiento de la ética. Iríamos al límite y —¿por qué no?— más allá de la ética.

LIZBETH SAGOLS SALES  
Universidad Nacional Autónoma de México

*Hacia una nueva ética* conforma, a mi juicio, un gran arco que va de la reformulación del imperativo kantiano en íntima unión con la condición humana (en el capítulo de Eugenio Trías: “Sobre ética y condición humana”), a una comprensión de la ética del individuo basada en el goce, el deseo y su simbolización representada en la experiencia psicoanalítica (en el capítulo de Nestor Braustein: “Goce y medicina”). Se trata, pues, de un arco que va de la ley más nítida a la complejidad de la concreción sensible, incluso su neurosis.

En medio de estos extremos están 14 capítulos en los que se atiende a casi todos los problemas radicales que enfrentamos para convivir humanamente hoy en día: la laicidad, el multiculturalismo (con sus conflictos éticos y religiosos), el imperialismo globalizado, las crecientes inmigraciones, la lucha por los Derechos Humanos, en especial de la mujer, el avance vertiginoso del conocimiento y la tecnología que modifica nuestras concepciones de la vida y la muerte, y la grave cuestión del deterioro del planeta.

En esta medida, salta a la vista que *Hacia una nueva ética* nos ofrece diversos enfoques sobre los temas éticos. A veces se pone el énfasis en el deber (Trías), otras en el placer (Braustein); en ocasiones se defiende en extremo la liga entre ética e individuo y el rechazo a las normas establecidas (como ocurre en el capítulo de Teodoro Ramírez: “La autocreación”), y en otras, se defiende la liga entre individuo y comunidad, así como entre subjetividad y normatividad (según ocurre en el capítulo de Victoria Camps: “Un marco ético para la bioética”). Por otra parte, a veces se resalta la relación entre ética, política y religión (como lo hace el capítulo de Rubí Gómez Campos), otras se ignora o se rechaza la religión como en la mayoría de los capítulos dedicados a temas sociales, y en muchos momentos sale a relucir la innegable liga entre ética-estética y política. En este último sentido destacan los capítulos de Fernanda Navarro (que lleva el sugerente título de “El subsuelo nutricional de Foucault”), el de Rosario Herrera, y el de Francisco José Martínez, entre otros. Y no podemos dejar de advertir el capítulo de Mauricio Beuchot sobre el nexo entre ética y metafísica, pues aún cuando estamos abrumados por las necesidades de la convivencia, resulta urgente por esta misma razón pensar hoy el vínculo



entre el bien y el ser: requerimos saber cuál es la condición ontológica de la persona y sus existenciarios.

Con esta multiplicad, el libro enriquece la comprensión del terreno en que se mueve la ética hoy en día. Pero su riqueza, a mi modo de ver, va más allá de la variedad de miradas que incorpora. Junto con la diversidad *Hacia una nueva ética* contiene hilos comunes que constituyen en gran medida su novedad, la cual es preciso destacar y repensar. Hay una cierta unidad en los filósofos clásicos que inspiran los capítulos. Resaltan, desde luego, Kant, Nietzsche, Freud, Foucault y Lacan. Pero también algunos autores se inspiran en Deleuze, Guattari, Lyotard, Hannah Arendt, Lévinas y Hans Jonas. Y desde luego, está la tradición griega representada principalmente por Aristóteles, Epicuro y ciertas referencias a San Agustín.

Además, el libro se unifica en torno a la preocupación por el rescate del individuo y su subjetividad. Sobre todo, los diversos autores parecen coincidir, aunque por distintas vías, en rescatar la autoconstrucción ética de la subjetividad del individuo frente a las exigencias del progreso y del avance del conocimiento, frente a la globalización y el imperio de mercado. De una u otra forma, el problema es cómo hacer factible la creación y satisfacción del individuo. En esto se ve la fuente de la auténtica vida ética e incluso la fuente vital de las normas. Dicho en otros términos, *Hacia una nueva ética* nos invita a pensar las cuestiones éticas de “abajo hacia arriba”, partiendo del sujeto; aunque a veces se le vea más desde el deber, otras desde el placer, o el poder de ser, y otras más desde su liga con los otros. Se trata así, de un intento ético tan nuevo como viejo, pues justo en la conquista del *ethos*, de la morada interior y del carácter, ha consistido desde siempre la ética. En consecuencia, podemos decir que la unidad del libro está en que intenta responder a la pregunta por la “vida buena” o cómo es válido vivir hoy que sabemos que no es ética la negación de sí y que, sin embargo, las circunstancias del mundo nos imponen límites y cierta exigencia de universalidad para llevar una convivencia respetuosa.

Y si buscáramos con mayor precisión la respuesta a esta pregunta por la “vida buena”, quizá fuera válido decir que el mensaje general de *Hacia una nueva ética* es que desde la autoconstrucción del sujeto que asume su condición fronteriza, su deseo, sus potencias creativo-poético-imaginativas y que descubre la ley en sí, es preciso reconocer la liga político-comunitaria, la inclusión

de la diferencia, pero también del conflicto con ella y, en particular, es preciso reconocer la pertenencia a la Tierra, la biosfera y el reino entero de *bios*.

Uno de los aspectos que dotan a este libro que hoy comentamos de gran actualidad es justo su atención a la bioética. Ésta es tratada desde distintos puntos de vista: desde la racionalidad de sus normas, los problemas de la tecnología, el supuesto “derecho a la vida” y el derecho real a la eutanasia; también es tratada la bioética en su sentido más radical: una ética que parte de la Tierra y la vida. En todas estas perspectivas, la bioética aparece como una respuesta razonable al avance tecnocientífico y como un ejercicio de aceptación de las diferencias ideológicas, religiosas, incluso étnicas.

La primera de estas reflexiones está en el capítulo de Victoria Camps, que trata la cuestión toral de la bioética: viviendo en un mundo laico, plural y multicultural, necesitamos de criterios universales para los problemas de difícil solución que presenta el avance tecnocientífico. Tales criterios están tanto en los Derechos humanos como en los famosos 4 principios de la bioética: autonomía, beneficencia, no maleficencia y justicia. El problema ético y bioético central reside en cómo poner estos criterios, por definición abstractos, en relación con los casos y en los que aparecen los desacuerdos en la interpretación de tales criterios. ¿Cómo asegurarnos, pues, que en la diversidad de visiones sigue estando presente la ética?, ¿cómo superar el pluralismo atomizante? Vivimos en el reino de la incertidumbre, nos dice esta filósofa, y, sin embargo, tenemos que decidir. ¿En qué confiar? Para ella no hay más que la *autorregulación autónoma*. De nada sirven las normas que pretenden prohibir y criminalizar, ni tampoco la permisividad total y abierta. Por ello, ahí están los criterios a los que hemos aludido, y depende sólo del sujeto que actúa el asumirlos éticamente, siempre desde la voluntad de hacer el bien —como nos dice Kant. Pero, lo importante en la regulación es estar concientes de que el individuo no está solo sino que está en un ámbito comunitario frente al cual es responsable, por tanto, quien ha de tomar las decisiones es él, en el tribunal de su conciencia —vale decir, pero desde y a través del diálogo y el debate con la comunidad.

La bioética se presenta así como la práctica democrática por excelencia, basada en la deliberación conjunta, y en la mayoría de edad o el ejercicio del juicio propio del sujeto que decide. Y se presenta, a la vez, como una ética de mínimos, pues dado que estamos en la incertidumbre, no se trata de encontrar

en las discusiones una idea general de la justicia; pero sí se trata, por lo menos, de saber lo que no es justo.

Dos capítulos se ocupan de los problemas de la tecnología: el de Raúl Garcés Noblecía, “Ética y tecnociencia”, y el de Juan Álvarez Cienfuegos, “Problemas de la biotecnología, derecho a nacer, derecho a morir, derecho a decidir”. Raúl Garcés cuestiona el carácter neutro con que en muchas ocasiones pretende presentarse la tecnología y nos hace ver cómo ella está implicada con la sociedad y los valores, en especial, los del progreso y el lucro capitalista. Pone el énfasis en la necesidad de una ética de la responsabilidad y de la prudencia, pues las acciones tecnológicas son de largo alcance y no podemos conocer hoy sus consecuencias. Asimismo, resalta la necesidad —como ya lo hacía Victoria Camps— del debate social. Nos dice: “mientras los resultados aportados por las tecnociencias no sea sometidos a una discusión ética y democrática no existirán decisiones razonables ni eficientes, prudentes ni responsables” (p. 295).

Por su parte, Álvarez Cienfuegos, en “Dilemas de la biotecnología...”, diserta en primero lugar sobre el avance tecnocientífico mostrándonos cómo a lo largo de la historia de la filosofía a veces se ha devaluado la práctica, en especial la técnica por no ser una ciencia pura, y en cambio, otras veces, como ocurre en Nicolás de Cusa, se le ha valorado al grado de considerar a Dios mismo un Artesano. No obstante, lo decisivo parece ser que en la actualidad, ya no existe la ciencia pura sino sólo la aplicación de ella en unos niveles que ponen en peligro la vida del planeta y que producen innovaciones médicas que exigen ser evaluadas ética, política y jurídicamente. Después, de manera un poco sorprendente, Álvarez Cienfuegos pasa al análisis del aborto y la eutanasia, como si se tratara de biotecnologías y de fenómenos que sólo ocurrieran en la actualidad. En rigor, el término biotecnología hace alusión al ADN recombinante y al uso de la reacción en cadena de la polimerasa (significado del término nunca aclarado en el texto). Además, no se requiere de ninguno de estos dos procedimientos, para realizar el aborto y la eutanasia. Desde siempre se ha abortado, y desde siempre se ha podido ayudar a morir a alguien con distintas sustancias. Lo nuevo es que ahora se discute socialmente estos procedimientos. En este sentido, quizá convenga para una próxima redición del texto no mezclar ambas cuestiones, pues una no necesita de la otra.

Donde encuentra su parte lúcida este capítulo es en cuanto el autor (en diálogo con Dworkin y otros filósofos) precisa la necesidad de despenalizar el

aborto, ya que no se puede hablar en verdad de un derecho a la vida en un ser que no es sujeto de derechos: un ser que aún no ha adquirido actividad cerebral y conciencia. Además, precisa Cienfuegos, despenalizar no es obligar a nadie a cometer un acto que de por sí resulta desagradable para las mujeres. Y respecto a la eutanasia, el autor señala como condiciones para su realización: la neutralidad del Estado, la autonomía del enfermo y/o de sus allegados para tomar la decisión, y el principio de prudencia. Digamos que de nuevo, se pone en evidencia el carácter democrático y social de las decisiones bioéticas.

En cuanto al sentido más radical de la bioética, están los capítulos de Francisco José Martínez, “Algunas reflexiones sobre ética en el umbral del tercer milenio” y el de Jaime Vieyra García, “Por una Geoética”. Ambos coinciden en recuperar el vínculo profundo entre naturaleza y cultura, entre el hombre y la Tierra o la vida en general. Y desde ahí, José Martínez se extiende a una implicación recíproca de todas las actividades humanas. La nueva ética ha de ser bioética, nos dice, ha de ver al hombre como ser vivo e incluso cósmico, y no como máquina, para recuperar así el auténtico poder del que nos hablan Spinoza y Misrahi, el poder de ser en la actividad, la comunicación, la política, la militancia y la creación artística. La ética debe apelar a la vida para reconstruir al sujeto desde ella y liberarlo, liberar sus potencias, a fin de que deje de ser esclavo. Lo cual significa que, en el fondo la bioética, vendría a asumir los problemas de la ética tradicional pero con una nueva visión.

A su vez, Vieyra García pone el acento en los problemas específicos de lo que él llama geoética y que no es otra cosa sino la macrobioética. A mi modo de ver, este capítulo tiene una importancia decisiva al centro de la temática que aborda, pues asume con decisión que la reconstrucción del sujeto no puede ser desde él mismo sino que ha de darse en relación con “lo que hay” y con “el habitar”. El paso fundamental que hay que dar, consiste en trascender el antropocentrismo y concebirnos desde la Tierra. Ésta no es solo nuestro espacio, nuestra casa, sino algo que nos constituye desde la base. Es preciso retomar la conciencia fundamental: la que viene del inconciente, de las fuerzas originarias. Apelando a Nietzsche, pero sobre todo a Bergson, el autor encuentra que la conciencia es la actualización del impulso creador, y en relación con la ecología, ella habrá de consistir en actualizar nuestras fuerzas primigenias para desarrollar nuevos conceptos, preceptos y afectos. Es preciso efectuar, nos dice Vieyra García, una auténtica *mutación existencial*. Lo nuevo será concebir la

crisis ecológica actual no sólo en relación al ambiente, sino como crisis del hombre, la sociedad y la subjetividad —tal y como lo postula Guattari en *Las tres ecologías*.

Para ésto, la filosofía tiene que repensar sus marcos éticos. Muy a grades rasgos puede decirse que, en primer lugar, la filosofía ha de preguntarse por el destinatario y por la finalidad misma del progreso tecnocientífico. Y éste no parece ser más que el hombre comunitario y en tanto ser vivo, no el individuo capitalista apartado de los otros y de las fuerzas de la vida. En consecuencia, la filosofía ha de ser crítica con el afán de posesión y dominio que impone el capitalismo. En segundo lugar, ella ha de revisar el nihilismo implícito en la concepción mecánica y cuantitativa del universo. Pues en efecto, se dice que después de la muerte de Dios vivimos en la inmanencia, no obstante, no hemos aprendido a amar la Tierra ni a nosotros mismos. En la ideología imperante, el individuo es revalorado tan sólo en tanto es productivo, en tanto pertenece a una clase o un grupo: ya sea el de los oprimidos o el de los privilegiados. Pero al individuo en sí, con sus preferencias e ideales de vida, con su capacidad de goce y vínculo con la Vida no se le reconoce. En tercer lugar la filosofía ha de darnos otra conceptualización de la Tierra. Con base en Nietzsche y en la hipótesis Gaía, el autor nos propone ver la Tierra como instinto creador, como danzarina y creadora. Es preciso entenderla como un inmenso campo de vida, como un cuerpo sin órganos gigantesco y vivo, que nos ofrece todo lo necesario para nuestra plenitud, para nuestro sueño compartido, para la invención de nuestra existencia en todas nuestras relaciones (p. 278).

Y el sueño fundamental para un sujeto que se autoreconstruye desde esta concepción, parece ser el mismo con el que muchos jóvenes iniciaron los movimientos ecológicos: “Una sola Tierra, un solo pueblo”. Para el autor es preciso reunir y abrazar todas las etnias, aprender unos de otros en la unión con la vida.

Sólo queda pendiente una inquietud no tocada en los capítulos de la bioética radical, una inquietud que no es políticamente correcta y la mayoría de las veces es mal vista, pero que es necesario plantear, pues sin ella no se entiende la marcha acelerada del progreso tecnocientífico y su imposición como una necesidad insoslayable: el problema de la sobrepoblación. Ésta es la fuerza que impulsa la productividad exagerada, y que la hace necesaria para atender el hambre, la miseria y el confort. Mientras más seamos, más necesitaremos ex-

plotar la Tierra, menos nos reconoceremos en ella y en los otros. Necesitamos, a mi juicio, no sólo repensar la liga con la Tierra, sino reparar en la necesidad de una racionalización de la población. No llevamos hoy una vida humanizada en gran medida porque no hay tiempo ni espacio para el encuentro con el otro.

Finalmente, sólo resta por decir, que la lectura de *Hacia una nueva ética* promueve en legos y especialistas la reflexión sobre cómo conviene vivir ética, gozosa y responsablemente hoy en día, con qué criterios y con qué apego al propio ser y a los acontecimientos del mundo. Es un libro que nos invita, ya sea desde la fundamentación teórica de la ética, desde la liga de ésta con otras disciplinas, o desde los problemas de la ética aplicada, a promover un cambio hacia una nueva construcción de nosotros mismos a fin de comprometernos con el tiempo actual.

ENRIQUE DUSSEL

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Muchas gracias a Rosario Herrera Guido, coordinadora de este tomo, por haberme invitado a hacer esta meditación sobre este libro. Sobre todo porque como no soy uno de los autores, como observador externo de esta obra, es una ventaja pero también una desventaja, porque este libro surgió de un seminario de investigación que se realizó en la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, del que se me escapa la dinámica, dentro de la cual uno puede apreciar mejor las ideas y la producción de su efecto. Pero después la coordinadora invitó a otros filósofos y pensadores, sobre todo españoles, latinoamericanos y mexicanos. Es un grupo importante de colegas de muy buen nivel, con dieciséis trabajos que sustentan argumentos muy interesantes desde un horizonte crítico a la postmodernidad.

Lo más interesante de mi comentario sería mostrar ciertas impresiones de los dieciséis trabajos, que me gustaría no tanto analizarlos, porque la coordinadora escribe una excelente introducción donde sintetiza el contenido de las tesis de cada uno de los dieciséis, de manera que pueden leer el prólogo para tener una visión general, y después sentarse a profundizar en alguno de

ellos, de tal manera que en este caso no es necesario referirse a todos los trabajos.

También se podrían indicar líneas generales que el lector empieza a descubrir que unen todos estos trabajos, porque no es tan común que se encuentren, porque no son pensadores anglosajones analíticos de una meta ética, sino más bien de inspiración “continental”. Y después bosquejaré, para abrir el diálogo, más que la discusión de ciertos límites de los trabajos y posibilidades de desarrollo.

El primero texto es de Eugenio Trías, que tiene una importante influencia en la coordinadora, se centra en su tesis sobre la razón fronteriza. Es interesante porque también hay compañeros latinos en Estados Unidos que hablan de un *border knowledge* o *episteme del borde*, pero ellos piensan “el borde” como el límite entre Estados Unidos y México, mientras que este *border*, esta frontera en Trías es completamente distinta.

La segunda es la afamada Victoria Camps, que en este caso toca un tema ecológico, mostrando la importancia del problema de la vida, la salud, la democracia. Muchas veces se dice que la vida, la libertad y demás, son valores, sólo valores supremos. Pienso sin embargo que la vida no tiene valor, porque la vida es el fundamento de todos los valores, por lo tanto no tiene valor, sino que es el fundamento de los valores. El filósofo, también español, Francisco José Martínez, nos habla de algunas reflexiones sobre la ética en el siglo XX, que desde un horizonte foucaultiano, nos plantea reflexiones desde España. Fernanda Navarro, muy conocida por su trabajo sobre el zapatismo, se refiere al sujeto ético en el pensamiento de Foucault. Carlos Alberto Bustamante aborda *La difference* de Jean-Francois Lyotard, aunque la traducción castellana de la diferencia no funciona porque en francés es *la difference*, “el diferente”, un gran libro, que Bustamante ataca e intenta mostrar las tesis que están detrás. Mauricio Beuchot replantea algo tradicional, aunque Beuchot nos tiene acostumbrados a repensar los temas tradicionales de manera actual como «La relación tormentosa pero necesaria entre ética y metafísica», donde cada uno de estos temas daría para todo un debate al que ahora no puedo entrar. Mario Teodoro Ramírez, quien nos tiene habituados a trabajar el tema de estética, en este caso aborda la ética y la estética, en el sendero que va de la ética a la estética, y cómo se relacionan. Rubí de María Gómez Campos, especialista en estudios de género, nos brinda un trabajo sobre Hannah Arendt y el proble-

ma de género: la mujer en el pensamiento. José Antonio Pérez Tapias, filósofo también español, incursiona en el tema “Derechos humanos y ciudadanía democrática: la responsabilidad moral por los derechos del otro”, donde aparece Levinas y sobre todo el tema tan asfixiante en España de los emigrados que llegan a España. Nosotros en cambio tenemos el tema irrespirable de nuestros pobres que son inmigrantes en Estados Unidos, desde el otro lado, diríamos de la frontera; es muy interesante porque en este momento en Europa la gente crítica, se pregunta qué hacemos con estos pobres que vienen desde el sur, siendo que nosotros en el siglo XVI, XVII, XVIII y XIX, fuimos los pobres que fuimos para el otro lado, pero ahora ya no acogemos a los que vienen, lo que gesta un problema ético mayor. Carlos Gutiérrez, profesor colombiano, trabaja el tema “Cultura de conflictos en vez de tolerancia”, donde muestra cómo la tolerancia, que es una cierta aceptación del otro, como su nombre lo indica, debe ir más allá de la tolerancia hacia la solidaridad con el otro, como un respeto no sólo por el otro, sino por el proyecto otro del otro, que es mucho más que tolerancia. Oliver Kozlarek toca el tema de la ética posmoderna, desde Zygmunt Bauman, que en nuestro medio casi nadie lo expone, pero que es muy conocido en el medio posmoderno europeo. Después de este texto, a partir del escrito “Kant con Sade” de Jacques Lacan, Rosario Herrera Guido, muestra la relación y complementariedad de goce entre Kant y Sade, de una manera muy sutil e interesante.

El tercer capítulo lo forman ensayos como el de Jaime Vieyra García, sobre la Geoética, donde trata el fuerte tema de la ecología, que hoy entra en la ética, pero todavía no en la política; cuando Sartori vino últimamente habló de la ecología, de la importancia de una ética material de la vida, que hoy es absolutamente fundamental, sobre todo una política y una económica, porque además rosa con otros temas. Raúl Garcés Noblecía aborda las interesantes relaciones entre la ética y la tecnociencia, uno de los temas obligados de nuestro tiempo. Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo entra al dilema de la biotecnología, con el derecho a nacer y derecho a morir, el tema de la eutanasia y el aborto. Y Néstor Braunstein incursiona en una relación novedosa entre la medicina y el goce. Así tenemos una visión aproximada de estos trabajos y, por su importancia filosófica y su calidad, cada uno de ellos merecería una visión particular.



Paso a indicar las grandes líneas. Me parece que desde una lectura externa puedo preguntar: ¿dónde se encuentran este grupo de filósofos y pensadores? Estoy seguro de que ninguno de ellos se afirma como postmoderno, pero sí piensan en un contexto de problemáticas postmodernas, donde están como interlocutores Foucault, Deleuze o Bauman. También durante el discurso el oponente puede ser postmoderno, ante el que se asume una actitud crítica, pero no una crítica frontal. Y hay otros autores de fondo que están como en un segundo plano, pero muy citados: Ricoeur, Gadamer, Arendt, Habermas y Trías. Pero la escuela francesa en su conjunto no aparece en el horizonte. Y la escuela de Frankfurt no está en ningún lado. Tampoco Marx, como una marca del clima de filosofía continental. La mayoría de los colaboradores de este libro buscan superar las posiciones postmodernas, pues hablan de una nueva ética, desde distintas posiciones, como desde la razón fronteriza en el caso de Eugenio Trías y Rosario Herrera Guido, a la que habría que entrar más a fondo porque discurre más desde su propio pensamiento. Estamos pues ante la razón fronteriza, la razón ecológica, la bioética o la diferencia feminista, pero no aparece para nada de la diferencia racial, ni encontramos algún ensayo sobre el proletariado. Ciertamente es un tipo de abordaje multicultural de importancia sobre el tema de la ética. El libro en general muestra una aspiración hacia una ética universal, porque hay una actitud antiséptica en general de los autores, a los que se puede reconocer como antirrelativistas, pero al mismo tiempo antinacionalistas. Pero la coordinadora, de una manera significativa, ha sabido reunirlos con cierta coherencia.

Ahora yo indicaría ciertos límites. No hay casi ninguna referencia en autor o problema del acoso económico y la pobreza en nuestra época. No hay una referencia a la economía, como ética y economía, o ética y biopolítica. No hay nada sobre el colonialismo, la descolonización epistemológica, sobre temas muy angustiantes. Y sobre todo angustiantes desde América Latina. No se nombra a México ninguna vez en el libro. Fuera de indicar que el seminario se hizo en Morelia. Nadie creo dice: “A partir de la realidad mexicana, digo lo que pienso...” Puntualizo esto para un desarrollo futuro del próximo seminario.

La evaluación de las líneas temáticas permite pensar a futuro en una ética que parta de la realidad concreta. El libro habla de una ética muy académica,

de buen nivel, que nos informa sobre muchas cosas. Pero es útil la parte política, que es un tema claro en Foucault, un tema que trata el poder de una manera muy sutil y desde una praxis; desde un contexto del dogmatismo marxista de su época y de una Europa en una crisis muy particular. Lo nuestro es muy distinto, por lo que habría que re-situar a Foucault en nuestro contexto el interés por una cierta referencia por ejemplo a Marx o a la escuela de Frankfurt. Claro que el tema ecológico es tocado también desde autores como Hans Jonas y algunos otros, pero desde ese momento hasta hoy está avanzando el tema, algo que hoy en este momento me tiene angustiado, obsesionado y triste.

Miren que cosas, se va a privatizar la empresa PEMEX, que es una noticia cotidiana pero a mí me agobia porque el pueblo mexicano va a perder ecológicamente mucho, va a ser una bestial explotación de un recurso no renovable y en manos de gente que no es una empresa nacional y por lo tanto nos vamos a empobrecer más de lo que ya estamos.

Es muy importante hablar de la vida, pero de la vida en concreto en nuestro contexto; de ahí mi extrañamiento a Fernanda Navarro, que siendo tan experta en zapatismo, sólo tocó a Foucault sin descender a lo concreto que, aunque no era el propósito de ese seminario, sería muy bueno que lo hiciera en otro seminario y en la búsqueda de una nueva ética mundial, con el propósito de aterrizar más, tocar temas más concretos dentro de una compenetración de universalidad. Yo creo que hay principios universales en ética, pero en la incertidumbre cotidiana y al mismo tiempo en el pavor de una época de enorme sufrimiento, en medio de guerras innecesarias como la de Irak, en un entorno de pobreza creciente, donde los hombres y las mujeres son cada vez más pobres y sufren más que nunca, precisamente porque ahora tienen más conciencia de ello. De aquí la necesidad de una ética crítica a partir de las víctimas, que es la que yo practico, como posibilidad de futuros desarrollos para este excelente libro, que nos muestra dieciséis grades ensayos de muy buen nivel académico.